

3º Concurso de Microrrelatos

Tema 2026: “No me lo puedo creer”



¡El valor de la sorpresa!

En ocasiones, la realidad supera la ficción y la frase “¡No me lo puedo creer!” se vuelve real, algo tangible y que corresponde a eventos que nos despiertan curiosidad, alegría, tristeza, rabia...

La vida siempre nos sorprende. Hay sorpresas positivas, negativas, etc. Otras veces nos sorprenden pero también nosotros sorprendemos.

Sabemos que hoy en día nos sorprenden más aspectos negativos que positivos: guerras, conflictos, injusticias...

Pero no nos podemos olvidar que entre tanto “¡No me lo puedo creer!” encontramos detalles que alegran días, ilusiones que nos motivan a conseguir objetivos que considerábamos imposibles, acciones inimaginables que nos recuerdan que somos personas.

¡Sorprende en positivo!

Zaragoza, 17 de abril de 2026

Agradecemos a:



Descubre las obras ganadoras de cada categoría...

1º Categoría “El Principito”	4
(De 12 a 14 años)	
2º Categoría “El Alquimista”	9
(De 15 a 18 años)	
3º Categoría “El Ingenioso Hidalgo”	14
(De 19 a 64 años)	
4º Categoría “Asesinato en el Orient Express”	19
(De 65 años en adelante)	

Sumérgete en historias sorprendentes...



1ª Categoría El Principito



Obra premiada

La playa de Erik Fernández
(Elche, Alicante)

Ayer pasó algo increíble en la playa que todavía no me creo. Estaba buscando conchas raras cerca de las rocas, donde el agua está más fría, cuando vi un destello verde bajo la arena.

Pensé que sería un trozo de botella de vidrio, pero al meter la mano saqué un frasco de cristal, lleno de caracolillos pegados. ¡No estaba vacío! Dentro había un mapa enrollado con un cordel de cuero y una moneda de plata que brillaba como si fuera nueva. El mapa no tenía cruces de piratas, sino dibujos de cuevas que sólo se ven cuando la marea baja del todo.

Se lo enseñé a mi abuelo y se quedó blanco. Me dijo que ese era el “tesoro de los recuerdos”; que él perdió cuando tenía mi edad.

Mi verdadero premio no fue la moneda, sino ver su cara de felicidad al recuperar su brújula y sus notas. Ahora, cada tarde, bajamos juntos a la orilla a buscar más secretos escondidos.



Accésit

¡No me lo puedo creer! de Samira Hernández
(Zaragoza, Zaragoza)

Soy alumna del instituto María Moliner. Resulta que vivo muy lejos porque se encuentra en el Oliver y yo vivo en Picarral, por lo cual faltó mucho. Entonces yo jueves 5 de marzo me levanté, me lavé, me vestí y fui al instituto.

Mientras iba de camino fui enviando mensajes a mis amigas pero no me respondían. Me parecía raro porque siempre quedamos antes de entrar al instituto. Aunque seguían sin responder esperé hasta la hora de entrar en la esquina donde siempre quedamos teniendo fé de que alguna aparezca.

Pero fueron pasando los minutos y no había nadie por lo que decidí entrar, pero a los que levanto la cabeza dije: ¡No me lo puedo creer! Estaban las puertas cerradas por cincomarzada. Miré los antiguos mensajes de mis amigas y resulta que me avisaron días antes pero fui tan despistada que ni me acordé, cogí de nuevo el bus y de camino a casa otra vez, llegué a casa me puse el pijama y me eché a dormir.



Obra finalista

La sombra de Erik Fernández
(Elche, Alicante)

Me pasó algo increíble. Estaba en el parque de los columpios oxidados que nadie usa y encontré un agujero perfecto detrás de un arbusto. Parecía una madriguera y como soy muy curioso y un poco tonto, según mi hermana Sara, metí la mano.

Mis dedos rozaron algo metálico y muy frío. Tiré con fuerza y saqué una linterna vieja que al encenderla, no daba luz, sino oscuridad. El rayo oscuro borraba las cosas: si apuntaba a una piedra, la piedra desaparecía, como si nunca hubiera existido...

Me asusté mucho y quise correr a casa para enseñárselo a Sara y a mis padres, pero tropecé y la linterna apuntó directamente a mi sombra.

Al tocarla, mi sombra se despegó del suelo, se puso de pie y me quitó la linterna de las manos con un rápido movimiento.

Ahora ella camina por el parque tranquilamente y yo estoy aquí, pegado al suelo, esperando que alguien me pise.



Obra finalista

Un salto al futuro de Coral Motos
(Zaragoza, Zaragoza)

Metí la mano en la mochila para sacar el estuche, pero mi brazo se hundió hasta el codo en un vacío frío y profundo que olía a mar. Seguí metiendo el brazo y no era una sensación mala; de hecho, me gustaba. Era una sensación de paz, me sentía aliviada. Me dejé llevar tanto por la sensación que, sin darme cuenta había introducido casi todo mi cuerpo, hasta que al final lo hice...

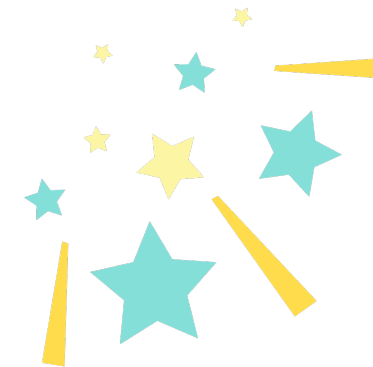
De repente me empecé a ahogar en el inmenso mar. A lo lejos vi la orilla y nadé hasta poder llegar. Todo el mundo se me quedaba viendo como si hubiera algo raro en mi...

Me acerqué a una señora y le pregunté: — ¿En qué año estamos? Y respondió — En 2163 —

¡No me lo podía creer! ¿Había viajado al futuro? Empecé a mirar a mi alrededor y todo se sentía muy extraño. De repente escuché una voz grave que me dijo:

— No deberías estar aquí.

Y me desperté en mi cama. Aún no sé si fue real o solamente un sueño...



Obra finalista***Mi amiga y su vida*** de Sara Isabella Ramírez
(Zaragoza, Zaragoza)

Un día quedé con mi amiga Lola, me sorprendió porque me contó su vida, su historia, sus amores, también las cosas tristes que le habían pasado, pero lo más fuerte que me contó fue:

“Todo comienza con una niña llamada Lola, se hizo amiga de Martina - ella es buena persona, también muy amable, pero tenía algo: parecía poco triste- ...

Yo le pregunté si estaba bien y, entonces, sin esperarlo, ella me comenzó a contar su vida. No la esperaba. No tiene familia porque la abandonaron cuando a era niña. Ha sufrido mucho, no tenía para comer, ni tampoco dinero.

Lola la escuchaba con mucha tristeza y decidió contárselo a sus padres. Ellos no se lo pensaron y decidieron ayudarla. Hicieron todos los papeles para poder adoptar a Martina, juntas se hicieron inseparables, fueron felices y compartían”.

Esta es la historia de Martina. Yo conocía a Martina, porque Martina era mi hermana.

2ª Categoría El Alquimista**Obra premiada*****Ecos guardados*** de Elena Redondo
(Torreperogil, Jaén)

Abrí la puerta principal, todavía tenía las llaves en la mano y el brazo colgando mientras miraba al interior. Oscuro. Lúgubre. Vacío.

Aquel lugar que había sido un refugio durante más de la mitad de mi vida ahora me parecía un campo de minas infranqueable. Deambulaba a pasos cortos, indecisa sobre si realmente podría pasar -mientras sentía cómo los latidos de mi corazón avanzaban frenéticamente- incrementando el nudo en el pecho que me impedía respirar.

Las lágrimas comenzaron a nublar me la vista, no las detuve. Casi a tropezones conseguí llegar a la habitación donde todo seguía igual pero nada jamás volvería a ser así.

Empecé a recoger, a guardar, a llorar -permitiéndome sentir el dolor que llevaba reprimiendo semanas-. Esa tarea que buscaba retrasar, pero que ya era imposible posponer.

Mientras ordenaba el armario lo vi, una pequeña caja de madera. Tallada. Frágil. Única. La sorpresa me inundó cuando la abrí; pequeñas cartas, trozos de papel escritos e incluso dibujos mal coloreados. Los reconocí al instante, esa letra infantil que crecía conforme pasaba las hojas. Tan inocente. Tan mía. Las había guardado todas.

Sonreí entre lágrimas. No me lo puedo creer.

Accésit

El apagón de Isaac Andrés Aguirre (Aranjuez, Madrid)

Era un lunes normal. Yo estaba en el instituto escuchando al profesor y atendiendo a su presentación del tema. De repente, la luz se apagó. Pensé que la luz se fue por unas obras recientes en mi instituto y di por hecho que todo estaba bien.

Llegué a mi casa y tampoco había luz, pregunté a mi madre que había pasado y ella me dijo que estábamos pasando por un apagón en casi toda España, mire el teléfono, pero aunque lo mirara sabía que no iba a funcionar, decidí salir a la calle , y no me lo podía creer, niños jugando al escondite y al pilla pilla, sin ningún dispositivo de por medio, abuelos sentados en los portales con la radio encendida.

Era extraño y sorprendente ver a personas sin estar pegados a una pantalla, sentí un alivio al no estar conectados a la red y una liberación dentro de mí, sin la necesidad de revisar mensajes, por primera vez me sorprendió lo libre que me sentí sin estar pendiente de las redes sociales.



Obra finalista

Especiales de Rosa Lázaro (Zaragoza, Zaragoza)

Todos, en algún momento, hemos sentido amor o esas pequeñas cosquillas en la barriga. Hemos conocido a personas increíbles, capaces de todo. Personas que, con solo pensarlas, nos provocaban una sonrisa. Sin duda, eran especiales.

Pero, ¿qué pasa cuando ya no están? ¿Qué pasa cuando no puedes hacer nada para evitar que se vayan? Han sido lo más importante para ti y te han enseñado tantas cosas... Lo aprendiste todo, menos a vivir sin ellas.

Recuerdo el momento exacto, cuando todo cambió. El teléfono sonó. Al contestar, sentí cómo el mundo se detenía. Me senté lentamente en una silla, intentando entender unas palabras que parecían imposibles.

Alguien me abrazó fuerte, como si así pudiera evitar que me rompiera. En un segundo pasas de tenerlo todo a sentir que no tienes nada. Caes en un agujero profundo del que parece imposible salir. Tu mente entiende lo ocurrido, pero tu corazón sigue negándolo. Te aferras a la idea de que todo irá bien, aunque sabes que nada volverá a ser como antes. Respiras hondo. Te levantas. Porque la vida sigue, con o sin ellas. Y aun así, cada día, una parte de ti sigue repitiendo lo mismo: no me lo puedo creer.



Obra finalista

No me lo puedo creer de Elisabeth Macario
(Zaragoza, Zaragoza)

Nunca pensé que empacar toda mi vida pudiera caber en unas cuantas maletas. Doblar mi ropa, guardar fotos, cerrar por última vez la puerta de mi cuarto... era como ir apagando partes de mí.

Mudarnos a otro país sonaba emocionante cuando lo decían los adultos.
“Es por un futuro mejor” repetían.

Pero nadie habla de lo que se siente dejar a tus amigos en el aeropuerto, abrazarlos fuerte sabiendo que ya no habrá recreos juntos ni planes improvisados. Nadie habla de despedirse de mi abuela, de sus abrazos que lo arreglan todo y su voz suave diciendo que fuera valiente, como siempre.

Cuando el avión despegó, miré por la ventana intentando no llorar.

Dejaba mi casa, mi escuela, mis calles de siempre... dejaba todo lo que amaba.

Los primeros días en el nuevo país fueron extraños. El acento, la comida, el clima... nada se sentía mío. Me preguntaba si algún día volvería a sentirme en casa otra vez.

No me lo puedo creer, repetía.

**Obra finalista**

Cuando dijeron mi nombre de Ester Lapuerta
(Zaragoza, Zaragoza)

Nunca pensé que me invitarían a una gala literaria. No escribo cuentos ni he participado en concursos, pero ahí estaba, sentado entre desconocidos emocionados por algo que no entendía. Las luces del escenario brillaban y el murmullo del público aceleraba mi corazón.

Se apagaron las luces y comenzó la gala. Un hombre con un traje elegante subió al escenario y empezó a leer nombres. Cada ganador subía y leía su relato. De repente, escuché mi nombre.

Mi respiración se detuvo. ¿Yo? Pero si nunca envié nada.

Los aplausos me rodeaban, pero yo estaba confundido. Me levanté y subí al escenario. Me entregaron el texto y empecé a leer.

El relato hablaba de un chico en una gala escuchando su nombre como ganador. Cada párrafo describía exactamente lo que estaba pasando.

Al llegar a la última línea, mi corazón se aceleró: “El verdadero final ocurrirá cuando deje de leer”.

Levanté la vista y el teatro había desaparecido. Solo quedaban el escenario y una mesa con hojas en blanco. En la primera, un título: “Cuando dijeron mi nombre”.

Debajo, mi nombre. Un escalofrío me recorrió la espalda: la historia aún no había terminado.



3ª Categoría El Ingenioso Hidalgo



Obra premiada

Dos memorias de Belén Lacoma
(Salas Altas, Huesca)

-“Solo se quedará un rato” - contesté a la chica de recepción cuando preguntó por el tipo de estancia.

Mi padre seguía con el ceño fruncido desde que habíamos salido de casa. Caminaba despacio a mi lado, mirando cada rincón como si todo le resultara vagamente familiar y, al mismo tiempo, completamente extraño. Dentro de mí nacían huracanes de culpa, tristeza y rabia. Cada paso era un pequeño derrumbe que intentaba disimular con una sonrisa torpe.

Mantenerme firme se convirtió en el disfraz más postizo de aquella fiesta de mentiras que llevaba ensayando toda la mañana.

-Bien -respondió ella con una amabilidad mecánica—. Si es solo “un rato”, iremos directos a la habitación.

Asentí en silencio. No me lo quería creer...

Mi padre observó el pasillo largo y blanco que se abría frente a nosotros. Luego me miró con una mezcla de sorpresa y desconcierto que me atravesó el corazón.

✧-No me lo puedo creer... -murmuró.

Le apreté el hombro con suavidad para que siguiera caminando.

Lo peor era que ese rato, él lo olvidaría pronto y yo, en cambio, sabía que lo recordaría para siempre.

Accésit

El abuelo de Antolín Castaño
(Cáceres, Cáceres)

Sus pasos ya no son como los de antaño. Camina despacio, midiendo cada baldosa del sendero como si temiera que el suelo también pudiera olvidarle. Vive en el recuerdo, porque la memoria no siempre alcanza a rescatar todos los momentos que le brindó la vida. Algunos se han quedado atrapados en un lugar al que ya no sabe regresar.

Tiene más pasado que futuro, y esa certeza pesa en los hombros igual que lo años que ya carga su cuerpo.

El parque es un refugio para los que deambulan a solas con sus pensamientos. Allí nadie pregunta nada. Los árboles escuchan en silencio y los bancos guardan historias que nadie se atreve a contar.

Siempre se sienta en el mismo lugar, junto al puente de madera que cruza un lago artificial. Desde allí observa a los niños correr detrás de una pelota. Sus risas atraviesan el aire como un eco lejano.

Durante un instante cree reconocer una voz susurrando, llamándole desde el pasado.

Entonces sonrío.

Porque, aunque la memoria se empeñe en borrar caminos, el corazón siempre encuentra la forma de regresar.

Obra finalista

Baño compartido de Ana María Abad (Tres Cantos, Madrid)

Llego a casa como de costumbre, puntual como un reloj de arena.

Abrigo al perchero, llaves en su cuenco, zapatos al rincón. Pongo proa hacia el dormitorio, en busca de la ansiada ducha que me relaje después de un día de trabajo agotador. Chaqueta al respaldo de la silla, falda estirada sobre la cama, blusa al suelo junto con la ropa interior -nota mental: hay que poner la lavadora esta noche sin falta-.

Abro la puerta del baño y mi sorpresa es mayúscula: una densa neblina de vapor lo inunda todo, impidiéndome distinguir nada a menos de un palmo de mis narices. El aroma de mi gel favorito me anima a internarme en esa bruma húmeda, en dirección al sonido de unos chapoteos intermitentes. Pensaba que mi novio me había preparado un baño de espuma pero, al parecer, lo está tomando él. ¿O es que su intención es compartirlo?

Animada por esa perspectiva, alcanzo la bañera y me meto dentro. Justo en ese instante, llega flotando la voz de mi novio desde el dormitorio, avisándome de que no moleste a su nueva mascota, que tiene muy mal genio.
Demasiado tarde: el cocodrilo ya me ha visto.



Obra finalista

Más allá del tiempo de Rebeca Tolosana (Zaragoza, Zaragoza)

Nunca imaginé que un domingo cualquiera, en una de mis visitas rutinarias a casa de mi abuela, esa mujer de arrugas sabias y mirada perdida como si aún viviera en sus recuerdos, descubriría que no solo era la reina absoluta de los cupcakes.

Aquella tarde, mientras ella dormía la siesta en su butaca preferida, me puse a curiosear en su viejo secreter, de donde cayó una carpeta escondida en un doble fondo; contenía fotos borrosas, cartas cifradas y un nombre en clave: “Operación Carne Picada”... ¡No podía creerlo! Mi querida y dulce abuelita Pam había sido espía en la Segunda Guerra Mundial, despistando a los nazis y salvando así miles de vidas.

De pronto entendí muchas cosas: su puntería sospechosa en el parchís, su habilidad para desaparecer en el supermercado y aquel “si te lo contara, tendría que matarte”, que yo siempre había tomado como una de sus bromas exageradas.

Pero lo inesperado fue lo último que encontré en la carpeta y que me dejó helada, una foto mía reciente y con una nota manuscrita:

Objetivo: “entrenarla, la sucesión comienza”.



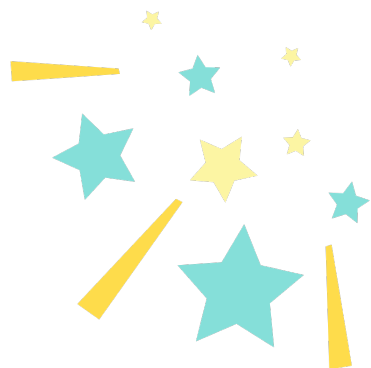
Obra finalista

El reemplazo de Vicenta Candel
(Elche, Alicante)

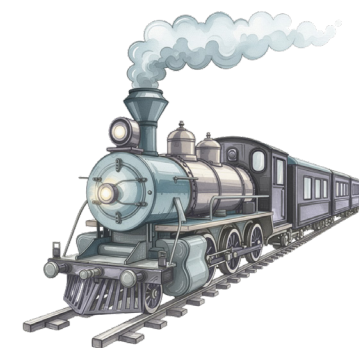
Todavía no me lo puedo creer. Aquella mañana, el espejo del baño no me devolvió mi imagen, sino la de un hombre idéntico a mí, pero con una mirada cargada de una malicia infinita. No pude gritar, mis cuerdas vocales estaban paralizadas. El “otro” se afeitó con mi cuchilla, se puso mi traje favorito y se anudó la corbata con una elegancia que yo nunca poseí. Mientras yo permanecía atrapado tras el cristal, él me guiñó un ojo y salió del baño tarareando mi canción favorita.

Pasé horas golpeando la superficie fría y transparente, pero nadie podía oírme desde el vacío. Al caer la tarde, lo vi regresar. Traía las flores que más le gustan a mi esposa y dulces para mis hijos. Cenaron entre risas, y vi a través del vidrio cómo mi familia lo abrazaba con un cariño que yo ya no recordaba.

Entonces, él se acercó al espejo, sopló sobre el cristal y escribió con el dedo sobre el vaho: “Gracias”. Acto seguido, apagó la luz, dejándome en la oscuridad total mientras mi sombra se marchaba a dormir en mi cama.



4ª Categoría Asesinato en el Orient Express

**Obra premiada**

Estrella fugaz de Ángel Manuel Felicísimo
(Mérida, Badajoz)

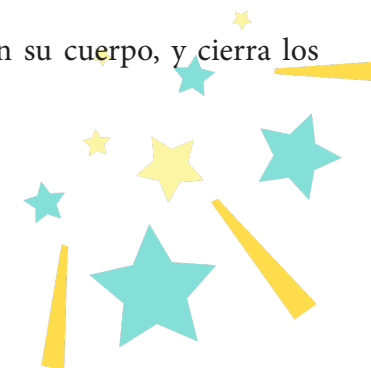
Cae la tarde y Svitka limpia con las manos los restos de lo que fue una mesa. Su hermano le va pasando figuras que ha modelado toscamente en barro. Hace frío y la noche será dura. Lo prudente sería acurrucarse juntos bajo la manta que les queda e intentar dormir, pero quieren terminar su pequeña obra a tiempo, ya que hoy es Nochebuena.

Svitka mira a su hermano Bodia. Apenas tiene ocho años y no entiende qué está pasando. Es necesario darle un poco de esperanza, ahora que están solos, y por eso construyen un belén, como cuando tenían una casa y una chimenea encendida que la calentaba, como cuando tenían una familia.

La última figura está ya colocada, son apenas una docena, y el portal está hecho de trozos de ladrillos y hormigón. El pequeño Bodia rasga un cartón con sus manos y hace algo parecido a una estrella. Justo en ese momento, una luz llega desde el cielo, cada vez más intensa. Bodia alza la vista y grita:

—¡No me lo puedo creer! ¡Es la estrella de Belén!

Svitka abraza a su hermano, protegiéndolo con su cuerpo, y cierra los ojos.



Accésit

No me lo puedo creer de Antonio Ortiz de Solórzano
(Zaragoza, Zaragoza)

Ayer, 19 de abril de 2030, Mateo cumplió 9 años. Con esa curiosidad típica de los niños me preguntó de sopetón: “¿Abuelo, cuando eras como yo, cuanto se tardaba en llegar a Marte?”. “Mateo” -le contesté- “entonces nadie había llegado ni siquiera a la Luna”.

La cara del niño lo decía todo: “No me lo puedo creer”.

“Mateo” -le dije- “ni te imaginas como ha avanzado todo desde entonces: Los ordenadores solo sabían hacer cuentas y poco más. Las fotos se hacían con cámaras fotográficas y en una tienda te las daban en papel. Los teléfonos estaban fijos en las casas y si querías llamar tenías que ir a uno de ellos. Para ver a tus compañeros tenías que estar con ellos no como ahora, que aunque estén lejísimos os podéis ver. Las televisiones se veían sin colores”.

Mateo, incrédulo me espetó: “Abuelo y entonces ¿Estabais contentos?”.

Con mi respuesta le deje la moraleja: “Mateo, cuando sea más mayor aprenderás que para estar contento te bastará con que te quieran mucho y tú quieras mucho a quienes contigo estén”.

Espero que cuando yo ya solo sea un recuerdo, la vida le enseñe que claro que se lo podía creer.



Obra finalista

La torre de Margarita Álvarez
(Valladolid, Valladolid)

Un abrumador silencio se percibía en el ambiente, desde lo alto de aquella vieja torre de piedra, mientras el aire cálido del verano se deslizaba sobre mi cara.

Desde ese lugar podía divisar todo el pueblo y todas las tierras que lo circundaban. Las pequeñas casas desde allí parecían más pequeñas, solo su iglesia parecía alzarse majestuosa. Mis recuerdos afloraban entonces en mi mente haciéndome rememorar los momentos felices vividos en este pueblo de mi marido, cuando pasábamos los veranos con nuestras tres hijas y nos juntábamos con toda la familia.

Cuando todo era algarabío, la alegría de las niñas, las comidas en familia, los paseos por sus campos, la agradable charla con los vecinos... No me puedo creer que haya pasado tanto tiempo... Ahora, de pie frente a esa torre, añoro con nostalgia esos momentos vividos que ya nunca volverán porque la casa donde nos alojábamos ya no existe y él, ya solo está en nuestros corazones.



Obra finalista

Historia de un desastre de José Luis Caballero (Córdoba, Córdoba)

El aroma del cambio flotaba en el ambiente, anulando cualquier otro pensamiento que pudiera tener.

Era como el convencimiento de que iba a presenciar un desastre; sabía que algo iba a pasar, intuía que no podía ser bueno, y tenía la sensación de que no podría hacer nada por evitarlo.

Entré al salón y de repente la vi, tendida en el suelo, como cumpliendo mi presagio. Sentí un escalofrío, una sensación desagradable que me subió desde los dedos de los pies hasta la nuca y me hizo temblar de horror.

El corazón me dio un vuelco. “¡No me lo puedo creer!”, dije gritando, agarrándome al respaldo de una silla para no caerme de la impresión. Estuve a punto de salir corriendo, aunque me retuve y volví a mirarla.

Por fin mi marido se salió con la suya y decidió comprar esa horrible alfombra amarilla que ahora decoraba mi precioso suelo de mármol.



Obra finalista

Mi amigo fiel de Blanca Carrasco (Tegueste, Santa Cruz de Tenerife)

Mila entraba y salía de la cocina. Vigilaba los calderos humeantes mientras recortaba los tallos de las flores que iba colocando en distintos jarrones.

Se acercaba la hora y el timbre anunciaba la llegada de los invitados. Familiares y amigos la saludaban con cariño elogiando su maestría floral y culinaria mientras se sentaban a la mesa.

— ¿Y Bernardo? —preguntó uno de ellos.

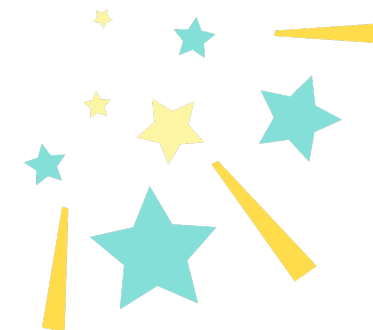
—No tardará en llegar —respondió Mila—. Estará dando su paseo matutino por el barrio, es muy conocido y querido por los vecinos.

El teléfono no paraba de sonar y Mila contestó con desgana.

—Si quiere volver a ver a Bernardo, anote esta dirección. En una hora la espero. Acuda sola y con mil euros —dijo una voz—. Luego colgó.

Todo su cuerpo temblaba, no había estado atenta. Regresó a la mesa repitiendo una y otra vez: “no me lo puedo creer”.

Entró asustada a un piso oscuro y desangelado. Atado con una cadena a una silla, estaba gimiendo el pobre Bernardo. Al oírla, como siempre hacía, movió repetidamente el rabo y la saludó con su ladrido característico.



Fundación carreras



Si quieres estar bien informado, ¡síguenos!



Fundación Carreras



@fundacionmcarreras

El tema del Concurso de Microrrelatos 2027 es...

¡Mi gran sueño!

